



Capítulo I

Recuerdos

Si Samara cierra los ojos, recuerda el olor de la primavera, cuando no existía mal en el mundo y el dolor se deshacía con un beso. No hay imágenes antes de los nueve años, no se ve sin su hermano en brazos, arropándolo para que no pasase frío. La primavera huele a jazmín y a rosas, a viento, a ternura, a la voz de su madre. Era la mujer más hermosa y dulce, como una virgen encarnada, vestida de colores. Nunca la regañaba, nunca se enfadaba, porque no la había creado Dios para eso; aunque también Samara era buena y obediente.

En aquellos tiempos solo estaban los tres. También quizá los demás gitanos, difuminados en un fondo de risas, música y canto. La pequeña tienda en la que vivían era el lugar más rico y apacible de la tierra; el campamento gitano, un reino solemne, donde siempre había bullicio y los nobles zíngaros se ocupaban de sus importantes asuntos. A veces Samara veía cómo de los caminos terrosos llegaban extranjeros pálidos para hacer negocios. Apreciaba que eran distintos a su gente, y con recelo y curiosidad observaba desde la distancia a esos exóticos extraños del lejano imperio llamado «el Pueblo».

Una vez, alguien le dijo:

—Hola, niña bohemia.

Ella no supo contestar y se marchó asustada. Luego fue a su madre y le preguntó:

—Mamá, ¿qué es «bohemia»?

—Nosotros somos bohemios, mi vida. Bohemios, zíngaros, gitanos, romaníes. Todos son nombres preciosos, ¿no te parece?



—Sí.

—Quizá son preciosos porque son nuestros —añadió con una sonrisa.

Samara pasaba el día cogiendo flores cerca del fin del mundo, que era un poco más allá del río de aguas plateadas que vadeaba el campamento. También le enseñaba a su hermano todo lo que ella sabía ya en su corta edad. Lo adoraba, creía que era un ángel caído del cielo, porque era rubio y tenía la carne rosada, no como ella o los otros gitanos de piel de bronce. Además, el pequeño Kirill era especial. Había algo en su reposo, en su tranquilidad, como si todo lo viese y supiese lo que va a acontecer.

Cuando no jugaba con su hermano, la niña imitaba a su madre en las labores de la casa. Si no, simplemente se tumbaba a escuchar las canciones que ella cantaba. Al menos, así es como Samara lo recuerda.

Una noche, mientras dormía a Kirill, su madre entró en la tienda con el cabello revuelto y tapándose el rostro con las manos. Parecía tener mucha prisa, pero se detuvo cuando vio a Samara. La miró sin pestañear. La niña no fue capaz de leer la expresión dibujada en el rostro de su madre, aunque jamás la olvidaría. Sin decir una palabra, áspera por vez primera en el recuerdo de la niña, la madre gitana comenzó a hacer acopio de ropas y otras pertenencias, y a envolverlo todo en un par de mantas grandes. Samara percibió miedo, vio destellos eléctricos en los pasos de su madre.

—Mamá... —susurró. La madre se detuvo y volvió a mirarla con los ojos abiertos y brillantes.

—Recoge tus cosas, Samara. Solo lo más importante.

Samara guardó apenas nada, un poco de ropa.



Era una noche de luna, porque siempre está presente cuando suceden cosas que cambian la vida de los gitanos. Samara se recuerda a sí misma en el camino, dirigiendo los pasos hacia la diosa de cara redonda y luminosa mientras dejaban atrás los fuegos de las hogueras. Jamás volverían.

Habían pasado más de seis meses y, en ese tiempo, la pequeña familia no había descansado más de cuatro noches seguidas bajo el mismo techo. El mundo había cambiado demasiado, se había vuelto gris y pálido, los colores del hambre y el frío. Samara ya conocía bien los caminos polvorientos, la necesidad, la miseria y la mezquindad; las veía florecer en los pueblos al paso. Siempre en huida, como si una bestia negra los acechase.

Lo más terrible era el hambre, siempre había hambre. Y la comida de hoy no saciaba porque sabían que al día siguiente volvería a faltar. De delgados, el viento podría llevárselos algún día incapaces. A su madre, que todo lo que llegaba a sus manos lo repartía entre los niños, un simple bufido la hubiese alzado hasta las nubes. Porque, de los tres, la mujer gitana era la que más había cambiado. No había color en sus vestidos cenicientos, ni en el mantón negro en el que envolvía su figura de porcelana; tampoco en la piel que, si antes era morena y dorada, entonces moría en una palidez ocre y enfermiza. La belleza, antaño incuestionable, ni siquiera se adivinaba en el esqueleto débil y quebradizo en el que se había convertido. Pero lo más triste era la expresión del rostro, ausente, con la mirada perdida. La gitana apenas comía ni dormía.

En la calle llovía con las abundantes aguas de medio otoño. Llevaban el día entero de puerta en puerta, rechazo tras rechazo. El último lugar fue un tugurio abierto solo para desgraciados. En las mesas había no más que cadáveres con vida, hombres con alcohol en lugar de sangre. La madre gitana se acercó a la barra con sus dos hijos y reclamó la atención del mesonero.



—Señor, necesito trabajo. Puedo limpiar, cocinar, atender las mesas o lo que haga falta —se ofreció.

—No hay trabajo para ti, ni para nadie —contestó él con rudeza. Los labios, la nariz y la frente del mesonero brillaban por la grasa de la cocina.

—Por favor, no tendrá que pagarme. Solo unos días, y solo tiene que dejarme una cama y un poco de comida. Haré lo que sea.

El hombre estudió a la gitana con la mirada y se mesó la barba de pocos días. Luego miró un poco más allá, a Samara, que esperaba con paciencia junto al pequeño Kirill, cogidos ambos de la mano. El mesonero agarró un mendrugo de pan y un poco de queso y, tras pasar al otro lado de la barra, se acercó a los niños.

—Toma, niña, para ti y tu hermano. Ahí dentro hay una mesa —dijo y señaló un cuarto detrás de ellos—. Coméoslo allí mientras yo hablo con vuestra mamá. ¿De acuerdo?

Samara buscó la aprobación de su madre, pero encontró un rostro de mármol. Al final, después del silencio, la madre aceptó con un cabeceo. Samara se apresuró en coger el pan y el queso, y dejó a su madre sola con el mesonero.

Los días en la taberna fueron felices para los niños, siempre había un plato de comida y encontraban por cualquier rincón cosas con las que pasar el tiempo. Mientras tanto, la madre trabajaba desde que el sol se asomaba por detrás de las montañas hasta que el último borracho caía desplomado.

Una mañana en la que Samara y Kirill jugaban a perseguir ratones, la madre atendió la mesa de un hombre de buen aspecto, vestido con traje y que llevaba maleta y anteojos.

—Señora, ¿puede usted sentarse un momento a mi lado? —sugirió él.



—Tengo que trabajar.

—Insisto, señora. Le daré una buena propina —probó y consiguió convencerla.

La gitana se sentó junto al señor. Echaba continuos vistazos hacia la barra, por si volvía el mesonero, que en ese momento se había retirado al almacén. El señor de la maleta acercó los dedos al rostro de ella, pero la mujer se retiró con desconfianza y se levantó de nuevo.

—Espere, señora —se apresuró en explicarse—. Soy médico. Confíe en mí.

La madre gitana consintió, pero con recelo. A él le pareció que trataba a un viejo gato callejero, así que debía ser delicado. Le examinó el rostro, desplazó los párpados de la mujer para ver bien las esferas de los ojos, le acarició el pelo y aún le miró los dientes.

—¿Qué edad tienes? —preguntó luego, con un tono más cercano.

—Veintitrés.

El médico bajó la cabeza, renegó y profirió una maldición para sus adentros. Luego miró a la gitana con una expresión llena de compasión.

—Estás enferma. Lo sabes, ¿verdad?

—Aguantaré.

—¿Cuánto tiempo llevas sin comer?

—He comido algo últimamente.

—¿Y sin dormir?

—No puedo dormir.

Entre ambos se hizo el silencio.



—No aguantarás mucho más si sigues así —aseguró el médico poco después—. Necesitas estar fuerte, dormir y comer, además de medicinas. Yo te puedo conseguir algo, pero solo para unos días. Tampoco yo tengo mucho —reconoció con vergüenza—. Son tiempos duros...

Nada dijeron durante un breve instante que al doctor se le hizo largo. La gitana contemplaba al hombre y lo atravesaba con la mirada, ausente, como si pudiese ver más allá del cuerpo. Él se sintió incómodo.

—Es usted la persona más buena que conozco en mucho tiempo, señor. Debo pedirle algo, y no puede negarse usted —comenzó ella y, antes de que el médico pudiese replicar, expresó su petición—. Por favor, cuide de mis hijos —pidió la zíngara con la misma expresión helada. Aquello desconcertó al médico, que por vez primera se fijó en el par de chiquillos que había correteando por la sala contigua.

—¡Yo no puedo!... —negó de inmediato.

—¿Qué va a ser de ellos cuando yo muera? No tengo a nadie. Por favor —suplicó. Y el médico sintió un profundo pesar porque sabía que estaba en lo cierto. El suyo no era un trabajo que se aviniese bien con una carga semejante, pero no podía desoír el ruego, no podía dar la espalda a los niños y abandonarlos a su suerte.

—Está bien —aceptó.

Ella dio una voz a los niños. Ambos acudieron raudos, cogidos de la mano. Para entonces la madre estaba de pie, pero se arrodilló para hablar a su misma altura.

—Samara, hija mía, escucha bien lo que voy a decir. Os vais a ir con este señor tan amable, mamá se reunirá con vosotros de aquí a unos días.



—Pero, mamá...

—¡No, hija! —flaqueó un instante ante la voz aguda de la pequeña—. No puede ser de otra manera. Cuida mucho a tu hermano, cuídale siempre. Estad siempre juntos los dos y quereos mucho. ¡Siempre juntos, no os separéis nunca!

—Sí, mamá.

—Y, recuerda: huye en cuanto veas a un gitano. Aléjate de ellos. Nunca te fíes de los de tu estirpe. Haz como las estrellas, que escapan del sol en cuanto este se asoma. Deja el pueblo donde estés si uno de ellos aparece, márchate de la villa donde alguien diga que los conoce. Esto, por encima de todo —sentenció—. Si os dejáis coger tú o tu hermano, os matarán. ¿Lo has entendido?

—Sí, mamá. Pero tú vendrás pronto, ¿no?

—Sí, mi niña, claro. Tan pronto como pueda. Os quiero mucho, cielo, y siempre estaré con vosotros —se despidió y le dio un par de besos a cada uno y un abrazo que los dejó sin aliento—. ¡Ve a buscar las cosas!

En la noche, la luna sobre el cielo parecía un arco de oro. La madre gitana había pasado el día entero rezando en la iglesia. No había dormido en dos días, tampoco nada había comido tras separarse de sus hijos. No llovía, pero no había gente en las calles, no se veía más que niebla blanca fluir por los pavimentos y los viejos pórticos. La joven mujer subió al campanario. Desde allí se arrojó al vacío después de pedirle al cielo que protegiese a sus hijos.

¡Oh, madre!

*El mundo se resquebraja en tus manos,
y tú no tienes dedos fuertes para sostenerlo.*

*Madre, no es el mundo, son tus manos
las que se deshacen.*